

## Locura y obra. ¿Conjunción? ¿Disyunción?

Raquel Capurro

“[...] *la ausencia es el lugar primero del discurso*”.<sup>1</sup>

Hacer caso de la locura me confronta hoy con dos afirmaciones que, en una primera aproximación se ofrecen como dilemáticas o antinómicas. Una la leo en Michel Foucault y dice así: “*La locura, ausencia de obra*”<sup>2</sup> la otra es un verso de Leopoldo Ma. Panero, que transcribo: “*La locura es la flor que anida en el verso [...]*”.<sup>3</sup>

Dejemos hoy de lado la relación entre locura y enfermedad mental, así como la lectura psicopatologizante de las obras, para atender a la relevante relación entre locura y obras literarias, tema que concierne al psicoanálisis como podemos rastrearlo en Lacan, desde sus primeros trabajos, y cuyo hilo analítico también podemos seguir en muchos textos de Michel Foucault.

### En las huellas de un texto foucaultiano

“La locura, ausencia de obra”: así tituló Foucault una intervención que tuvo lugar en 1964, década de su tesis sobre “Historia de la locura en la época clásica” (mayo 1961) y también de su interés por aquellos poetas y escritores como Rousseau, Nerval, Hölderlin y Artaud considerados locos y que, sin embargo, descubrimos en sus obras literarias. ¿Poetas-locos? ¿Cabe admitir esta expresión? ¿escribirla con un guion, un “*trait d’union*”, como nos ayuda aquí decirlo en francés? Los pasos de este artículo de Foucault son un proceso crítico a ese guion. Pretendo circunscribir la amplitud del tema limitándome a la lectura de esta intervención que propongo discutir.<sup>4</sup>

### Los pasos de Foucault

*Primer paso - Del borramiento en curso de la locura y su vocabulario*

Según Foucault, estamos en un tiempo –ya casi extinguido– de desaparición de las formas y figuras de la locura tal como se construyeron en la tradición occidental: aquellas locuras

---

Presentado en coloquio de la *école lacanienne de psychanalyse*, ¿Cómo se escribe el psicoanálisis?, Montevideo, 22-23 de setiembre de 2017.

<sup>1</sup> Michel Foucault, “Qué es un autor”, 1969. [Existe traducción al español: M. Foucault, *¿Qué es un autor?*, El cuenco de plata, Argentina.]

<sup>2</sup> M. Foucault, “La folie, l’absence d’œuvre”, 1964, *Dits et Ecrits*, t. 1, texte n° 25. Gallimard, Quarto, París, 2001. Trad. “Locura, ausencia de obra”. Las citas de este texto son traducción de mi autoría. RC. [Existe traducción al español en anexo a M. Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, T. II, Fondo de cultura económica, México.]

<sup>3</sup> Leopoldo Ma. Panero, “Poesía (2010)”, *Poesía completa*, t. 2, Visor, Madrid, 2012, p. 579.

“*La locura es la flor que anida en el verso/la flor que brota de la herida/del verso que aún supura sangre/ceniza en la mano/para construir sobre el papel/la montaña de Dios.*”

<sup>4</sup> M. Foucault, “La folie, l’absence d’œuvre”, op. cit. Cf. también Marcelo Real, “Ausencia de obra” en: <http://www.revistanacate.com/cuaderno/extraviada-psicoanalisis-locura-creacion/>

que, expulsadas de la vida social, en lo extraño insoportable de un afuera, no dejaron de asediar su cultura. El loco ha sido la figura externalizada de una razón dividida entre seres razonables de un lado, y los insensatos del otro, división que, sin embargo, no ha dejado tranquilo al mundo occidental. Ese exterior repudiado ha permanecido siempre activo, encerrando una verdad desnuda acerca del hombre cuerdo. Esa verdad ha ligado el cuerdo al loco de tal modo que el cuerdo no ha podido distanciarse de la locura en una lejanía que la ignorase. Su vida, plantea Foucault, ha transcurrido subjetivamente en la distancia con la locura, en su proximidad peligrosa y a la vez ineliminable. En su *extimidad*, podemos decir con ese neologismo inventado por Lacan, señal subjetiva del fracaso del reparto que pretendió realizar la pregunta instituyente: ¿fulana/o ¿está loca/o? Y que, al responder con “Tú estás loco, tú, y no yo” genera el campo de esa tensión inextirpable entre esos polos. Por esta vía la sociedad de la época clásica no dejó de reconocerse, en este reparto dilemático y de manera oblicua, en la locura. De reojo, los locos no dejaron de estar en la mira de los cuerdos, entre el horror y el reconocimiento.

Foucault propone entender esto como un juego, con sus reglas, tácticas, estrategias, sus tolerancias y sus trampas, un juego con la verdad que, desde el siglo XIX se nos está volviendo cada vez más extraño, como efecto de un cambio cultural, un cambio en el campo de la locura por la invención del saber psiquiátrico impregnado de positivismo, saber que tiende a convertirse en *lingua franca*, callejera, cuando escuchamos decir: aquel, es un psiquiátrico! y ese un depresivo! u otra presentarse con un “soy una esquizofrénica.” Las figuras de la locura que cada quien identificaba con “el loquito de la esquina” o el loco del pueblo están casi desaparecidas en un cambio cultural que las está volviendo tan extrañas como las brujas medievales y los procesos por brujería de la Inquisición. La psiquiatría, animada con la conquista de nuevas sustancias, y nuevos estudios del funcionamiento cerebral, pretende sojuzgar a la locura trasvasándola al campo de la enfermedad: los psiquiatras ya no tratan con locos, sino con enfermos mentales que se busca estabilizar y acercar a la pre-supuesta normalidad.

Este nuevo paradigma médico, del que mucho se ha hablado y escrito, ha tenido, entre sus efectos, uno que realza Foucault: el del ocultamiento de la experiencia misma de la locura, quedando de ella sólo una cara, la de un pliegue deshecho que ahora lleva el nombre y número de algún trastorno mental; ese dobladillo desplegado, que sólo muestra a los que llama “enfermos mentales”, deja a la sociedad, a la cultura, al psicoanálisis, con las preguntas cuya verdad escudriñaba en las figuras de la locura<sup>5</sup>.

### *Segundo paso - Paradoja*

Ese pliegue, hoy deshecho, entre locura y enfermedad mental, se fabricó otrora mediante una reflexión de tipo antropológico que se ha vuelto perimida. Allí, en ese lugar vaciado y vacío, se han producido y producen paradojas relativa al saber y a la verdad. Ello ocurre al tiempo que, desde allí llegan, a oídos de los “cuerdos” las voces de un Hölderlin, un

<sup>5</sup> Ibid., “*Estamos pues en ese repliegue del tiempo en el cual cierto control técnico de la enfermedad recubre el movimiento por el cual la experiencia de la locura se cierra sobre sí misma. Ese pliegue que no veíamos hoy se despliega y podemos distinguir la experiencia de la locura de la enfermedad mental, como dos configuraciones diferentes, que se juntaron y confundieron a partir del siglo XVII y que hoy, ante nuestros ojos y en nuestro lenguaje, se desanudan*”. Cf. Último capítulo de *Historia de la locura en la época clásica*.

Artaud, un Panero, diagnosticados como enfermos mentales, y que vivieron en las instituciones manicomiales o algo similar.

“¿Por qué –se pregunta Michel Foucault– se recibieron las palabras de Hölderlin, de Nerval, de Artaud, (de Leopoldo Ma. Panero), por qué los lectores se reencontraron en ellas y no en ellos?”<sup>6</sup> Esa es la paradoja.

¿Acaso porque la locura es ausencia de obra y la obra ausencia de locura? Si así fuera, y si como psicoanalistas pretendemos atender la locura ¿por qué interesarnos en obras en donde ya no estaría?

Foucault articula una respuesta a esta pregunta paradójica señalando una mutación concomitante con la ya señalada entre locura y enfermedad. Esta ha ocurrido en el registro de dos experiencias que han entrado en particular conexión: la de la locura y la de la escritura literaria, y con ella nuevas preguntas: ¿qué saber de la lengua es requerido para leer a esos locos que emergen en nuestra cultura como poetas y como locos? Su escritura ¿es reveladora acaso del saber oculto de la locura? ¿De un saber poético? Esa lengua, la de esos poetas ¿abriga a la locura o la expulsa? ¿Qué les sucedía a estos poetas cuando no escribían? ¿Qué significaba para cada uno el imparable movimiento de escribir? La locura ¿ausencia de obra? Esos poetas, esos artistas ¿han acaso practicado en la experiencia particular de la locura un camino alternativo?

Leopoldo Ma. Panero habla de un trabajo de orfebrería en ese hacer pasar la locura al verso. ¿En qué se convierte la experiencia de la locura cuando pasa al verso? Y ampliando el territorio, ¿cuándo empuja el pincel de Van Gogh o de Goya? ¿Qué les sucede en ese tránsito? ¿Qué leemos en sus poéticas? ¿la gran protesta lírica ante el trato deparado a sus raras y singulares experiencias, como también propone Foucault?

### *Tercer paso - con Freud y Mallarmé*

Si cuando se produjo el gran Encierro, la locura “emigró” hacia lo insensato” como lenguaje excluido, hubo que esperar la llegada de Freud, señala Foucault, para asistir al despliegue de la locura situada en esa zona de las lenguas, peligrosas, transgresivas.<sup>7</sup>

¿Cuál es la experiencia que - según Foucault- propone Freud? Cito:

Un día habrá que hacer justicia a Freud, no por haber hecho hablar a una locura que desde hacía siglos era justamente lenguaje, (lenguaje excluido), inanidad charlatana, palabra corriendo indefinidamente fuera del silencio reflexivo de la razón; por el contrario, él (Freud) agotó el Logos insensato; lo desecó; hizo remontar las palabras a su fuente, hasta esa región blanca de la autoimplicación en donde nada se dice.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Los comillados, salvo indicación en nota, remiten todos al mismo artículo.

<sup>7</sup> En una breve analítica de las transgresiones Foucault señala al incesto como la prohibición más conocida y general, enumerando luego, agrupadas en cuatro series, las prohibiciones del lenguaje que propongo conectar con alguno de estos locos, escritores célebres, a los que él prestará atención:

- las infracciones al código lingüístico (Roussel).
- las prohibiciones de articular palabras blasfematorias (Panero).
- las prohibiciones de articular significaciones intolerables para tal cultura (Sade).
- lenguajes estructuralmente esotérico, instalado en el repliegue de la palabra y escondiendo significaciones prohibidas, no por el sentido ni por su materia verbal, sino transgresiva por su juego (Brisset). La locura se encontraría desplegada, siguiendo este texto de Foucault, en esas escalas que van desde los actos prohibidos a las prohibiciones del lenguaje.

<sup>8</sup> Ibid., trad. RC.

Freud, pues, desecó al Logos. Fue este uno de los términos con los que el mismo Freud caracterizó su práctica. Cito: “*Donde Ello era Yo debo advenir. Es un trabajo de cultura como el desecamiento del Zuiderzee*”<sup>9</sup> (Freud, 1933)<sup>10</sup>.

¿Será que, sin trabajo, la locura invade a quien la padece y se revela como ausencia de obra? ¿podríamos leer así el título de Foucault? Pero ¿a qué trabajo alude Freud cuando connota el advenimiento del sujeto como un trabajo de cultura (*Kulturarbeit*) que compara con el arte de conquistar tierras al mar?

Esa región blanca, ese *Zuiderzee*, ese borde, litoral del tormentoso océano conquistado por la cultura de los *polder*<sup>11</sup>, se nos ofrece como metáfora de algo que puede ocurrir cuando el trabajo de un artista, hace obra con ciertas locuras, al modo del trabajo analítico. Si la experiencia del psicoanálisis ha apasionado a cierta literatura y se ha fascinado también por todo lo que proviene de la locura, ello puede referirse a ese borde donde la letra circunscribe una ausencia, ausencia de obra, lugar tormentoso orillado por escrituras, por mensajes que tienen su propia clave.

Podemos fechar en Mallarmé el momento en que esta posición subjetiva aflora notoriamente en nuestra cultura y la Obra, con mayúscula, así como El libro, se constituyen en inalcanzable horizonte para el artista. Su vecindad con la locura, no ha de buscarse pues en una cercanía psicológica, sino por un irreductible espacio vacío, una ausencia que acompaña la escritura literaria. Así lo entendieron tempranamente Blanchot y Bataille. La obra para Mallarmé se crea desde esa ausencia, la de no llegar nunca a ser La Obra. Su vacío se impone al poeta, así como en los momentos de locura se impone al loco así afectado por ella. Parafraseando el decir de Lacan: el parentesco está en la lengua<sup>12</sup> es decir, en cierta experiencia de sus límites.

Podemos considerar entonces cómo ciertas experiencias literarias<sup>13</sup> que, desde Mallarmé, exploran esas regiones limítrofes de la lengua están emparentadas, en la lengua, con aquellas en las que, a partir de Freud, nos dan noticias de la experiencia de la locura.

<sup>9</sup> Según Wikipedia, Cf. [https://es.wikipedia.org/wiki/Zuiderzee#Obras\\_en\\_el\\_Zuiderzee](https://es.wikipedia.org/wiki/Zuiderzee#Obras_en_el_Zuiderzee)

“*El Zuiderzee era conocido en su época como un mar tormentoso que a menudo provocaba inundaciones en el país, entonces más densamente poblado, causando muchas víctimas.[...] Los neerlandeses iniciaron en el siglo XIX las obras de Zuiderzee, un importante proyecto de pólderes. Pero hasta la votación parlamentaria de 1918, a raíz de las inundaciones en los Países Bajos en 1916, no se concretaron los pasos con el proyecto del ingeniero Cornelis Lely.*”

<sup>10</sup> Sigmund Freud, “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933 [1932]), *Obras completas*, Amorrortu, Bs. As., 2001. Buen comentario en:

<http://reflexionesmarginales.com/3.0/consideraciones-acerca-de-la-maxima-freudiana-wo-es-war-soll-ich-werden/>

<sup>11</sup> “*Un polder es un término neerlandés que describe las superficies terrestres ganadas al Mar del Norte. Esta técnica se utilizó por primera vez en el siglo XII, en la región de Flandes. Los neerlandeses se han convertido en auténticos maestros en el arte de conquistar las tierras situadas a orillas del mar, que se hallan a su mismo nivel o inferior, para darles de esta forma un aprovechamiento agrícola.*”

<https://es.wikipedia.org/wiki/Polder>:

<sup>12</sup> Jacques Lacan, seminario *L'insu que sait de l'une-bévue...*, 19 de abril de 1977. Cf. Norberto Gómez, El parentesco está en la lengua, en: <https://es.scribd.com/document/155791625/El-parentesco-esta-en-lalengua-Norberto-Go-mez>

Raquel Capurro, *Leopoldo Ma Panero, La locura llevada al verso*, ed. Me cayó el veinte, México, 2017.

<sup>13</sup> Frédéric Gros, *Michel Foucault*, ed. *Que sais-je*, 2da ed., Paris, 2017. [Existe traducción al español: F. Gros, *Michel Foucault*, Amorrortu]

---

Humildemente el escritor, el lector, añadiríamos, el analizante, se han de conformar con aquellas des-obras que cada uno, cuando eso le es posible, fabrica con la materia bruta de su experiencia.<sup>14</sup>

En esa artesanía, en ese arte que a veces alguien despliega, allí, creo, podemos situar un lugar de convergencia del psicoanálisis con cierta literatura y con ciertas locuras, lugar marcado por al menos dos rasgos comunes: un estilo con el que operan y refieren esa ausencia de obra, y un lenguaje que bordea ese blanco y lleva inscrito su propio principio de desciframiento.

Escribe Foucault:

Nos asombra aun hoy ver comunicar dos lenguajes –el de la locura y el de la literatura– contruidos históricamente como incompatibles. [...] Saliendo quizá del antiguo terreno, del pliegue que la confundía con la enfermedad mental, lo locura entra quizá en otro terreno, para formar otro pliegue, de eso inútil y transgresivo que llamamos literatura.<sup>15</sup>

### Las huellas de Leopoldo Ma. Panero

Toute Pensée émet un Coup de Dés  
(Todo Pensamiento lanza un Golpe de Dados)  
Stéphane Mallarmé

Si dogmatizamos el título del artículo de Foucault podemos caer en un par de trampas:

*Una* - la de no percatarnos de una ausencia, la del verbo. ¿Cuál? Está elidido.

Los antiguos estoicos, como lo rescata Lacan, pusieron de relieve la función del verbo en la frase, el verbo connota la presencia del acto. Si no hay verbo, no hay acción, no hay obra, nada se mueve, universo congelado que a veces presentifica el enfermo mental. A veces, sí, la locura nos muestra ese paisaje, ausencia de obra. Elidida.

*Dos* - ¿Habría que universalizar esa situación y excluir al que está loco (no es loco) de la posibilidad de un acto de creación relativo a su experiencia? ¿Excluirlo de la creación? Atendiendo a otro texto de Foucault cerremos el paso a una identificación conceptual entre la locura -palabra abstracta- y un loco, singular, irrepetible, concreto y leamos el texto que analizamos de Foucault con este otro párrafo un poco anterior ya que data de 1961:

Al fin, el siglo XX echó el guante sobre la locura, la redujo a un fenómeno natural, ligado a la verdad del mundo. De esta toma de posesión positivista derivaron, por un lado, el desprecio filantrópico que manifiesta toda psiquiatría respecto al loco, y por otro, la gran protesta lírica que se encuentra en la poesía, desde Nerval hasta Artaud y que es un esfuerzo por volver a dar a la experiencia de la locura la profundidad y el poder de revelación aniquilados por la internación.<sup>16</sup>

Al respecto, escribe Frédéric Gros:

---

<sup>14</sup> M. Real, "Ausencia de obra", op. cit.

<sup>15</sup> M. Foucault, "La folie, l'absence d'œuvre", op. cit.

<sup>16</sup> M. Foucault, "La folie n'existe que dans une société" (entretien avec J.-P. Weber), 22 de julio de 1961, *Dits et Écrits*, t. 1, n° 5, op. cit.

La escritura literaria moderna [...] proviene exactamente de una nada (*un rien*) que la precede y la soporta. Aquello que Hölderlin designaba como el rodeo de los dioses, Laporte como pura espera sin objeto y Blanchot como el vacío meticuloso de la muerte. Lo que se escribe se escribe desde una ausencia: la obra obtiene su recurso de una ausencia de obra. [...] Este concepto de *ausencia de obra* [...] designa también, para Foucault, a la locura. Lo que produce el encuentro entre literatura y locura es una experiencia de la lengua que Foucault sitúa bajo el signo de la ausencia de obra.<sup>17</sup>

Por lo tanto, cuando Foucault, en alguno de sus textos como el que hemos comentado, propone una disyunción entre locura y obra, no excluye en otros, leer las obras que un no-todo-loco pueda llevar a cabo desde su experiencia singular al modo de una “gran protesta lírica” contra el trato dado a su locura. Es decir que esa gran protesta no es ajena a la locura, a su experiencia. Sería entramparse en un falso dilema resolverlo de modo universal, pues singular es la experiencia de la locura. No es lo mismo pensar la relación con la obra en Camille Claudel, tan estudiada en sus dos libros por Danielle Arnoux,<sup>18</sup> y analizar esa relación en Leopoldo Ma. Panero.

El loco, un loco, tal loco hace presente alguna figura de la locura: la encarna y esta lo ocupa, a veces como un enemigo que conquista territorios. Más o menos. *Encarnación*, propone llamar Jean Allouch a la conjunción de esas dos operaciones: encarnar y ocupar. Crear es un verbo que también puede ser puesto en juego. Dos componentes arman el juego creador que plantea Mallarmé en su célebre poema, “Una tirada de dados no eliminará el azar”<sup>19</sup>: los dados y el azar. Cada existencia tiene sus dados y sus encuentros con el azar. La letra es tirada de dados, pero ninguna jugada eliminará el azar. Se juega con el azar. El quehacer de un artista connota cierto espacio de libertad al modo de “la tirada de dados (que) jamás excluirá el azar.”

Cuando el azar se presenta como destino algunos lo convierten en obra: puede ocurrir que esté loco y que, rescatándose, proponga su particular versión de articular su experiencia de locura en una obra. Hace un juego, posible, con lo que resulta de su tirada dados, “[... aunque ésta sea] *lanzada en circunstancias eternas desde el fondo de un naufragio*”<sup>20</sup>, escribe Mallarmé.

### Leopoldo María Panero

En la serie de “poetas-locos” que nos presenta Michel Foucault como figuras de un levantamiento poético contra el trato deparado “a la experiencia de la locura”, incluimos a Leopoldo Ma. Panero.

En la escuela de Mallarmé, al que dedica muchos de sus versos y cuyo nombre transcribe en un juego literal: “*Ma larme*” o evoca haciéndose eco al titular uno de sus poemas “Un golpe de dados no abolirá el azar,”<sup>21</sup> Panero se acerca a ese límite de la escritura y da señales de ello con el uso insistente en los últimos años de la interjecciones y de las letanías paganas con las que invoca a los santos poetas de su breviario. A veces solo

<sup>17</sup> F. Gros, op. cit., pp. 30-36. Trad. RC.

<sup>18</sup> Danielle Arnoux, *Camille Claudel*, trad., *El irónico sacrificio*, epee, México, trad. y *Camille Claudel, el reencantamiento de la obra*, MCV, México, 2015.

<sup>19</sup> S. Mallarmé, “Un golpe de dados”, versión española de Agustín Larrauri, ed. Mediterránea, Córdoba, 1943.

<sup>20</sup> Ídem.

<sup>21</sup> L. Ma. Panero, *Poesía completa*, t 1, ed. Visor, Madrid, 2012, p. 491.

parece quedar boquiabierto en la exclamación: ¡Ah!, ¡Oh!, otras, señala el lugar donde reina la nada, la ausencia de obra –que el poema transforma sin abolir. Así leemos en uno de sus muy hermosos poemas:

### La cuádruple forma de la nada<sup>22</sup>

Yo he sabido ver el misterio del verso  
 que es el misterio de lo que a sí mismo nombra  
 el anzuelo hecho de la nada  
 prometido al pez del tiempo  
 cuya boca sin dientes muestra el origen del poema  
 en la nada que flota antes de la palabra  
 y que es distinta a la nada que el poema canta  
 y también a esa nada en que expira el poema:  
 tres son pues las formas de la nada  
 parecidas a cerdos bailando en torno del poema  
 junto a la casa que el viento ha derrumbado  
 y ay del que dijo una es la nada  
 frente a la casa que el viento ha derrumbado:  
 porque los lobos persiguen el amanecer de las formas  
 ese amanecer que recuerda a la nada;  
 triple es la nada y triple es el poema  
 imaginación escrita y lectura  
 y páginas que caen alabando a la nada  
 la nada que no es vacío sino amplitud de palabras  
 peces shakespearianos que boquean en la playa.  
 esperando allí entre las ruinas del mundo.

De lo que no podemos dudar es que el trabajo de escritura (*Kulturarbeit*) le llevó a Leopoldo Ma. Panero el tiempo de su vida, de la que nos dejó sus obras. En ellas escribió lo que anunció al comienzo de su trabajo como “*testimonio [...] de la inquietante extrañeza, de la locura llevada al verso.*”<sup>23</sup> Ese acarreo de la locura al verso, lo expresó con los términos de la alquimia medieval citando aquel incentivo de los alquimistas “*in stercore invenitur*” (en el estiércol lo encontrarás) y que él encarna con su lengua embarrada:

me suelo  
 tirar un gran pedo cada vez que me acuerdo  
 de cómo fue y no debió ser [mi vida].  
 yo soy el que mis heces  
 tallé de la piedra de los versos.  
 En mis manos acojo los excrementos  
 formando con ellos poemas<sup>24</sup>

Panero encontró manera de salir del pantano de la locura, encontró materia, aún en la mierda y le dio forma: así hizo obra.

<sup>22</sup> Ibid., Orfebre (1994), p. 469.

<sup>23</sup> Ibid., “El último hombre” (1983), p. 287.

<sup>24</sup> Ibid., “El último poeta”, pp. 106-114.

Los pájaros que hablaban a Schreber me mostraron sin palabras esa operación con la que Panero hace poesía. Una de estas noches me dormí pensando en un verso suyo que dice “*La locura hace nido en el poema.*” Me desperté recordando el trabajo que durante casi un mes vi hacer a un casal de horneros frente a mi casa: iban y venían del charco al nido en construcción. Desafío. Del barro al nido, “*levantando el nido frente al pampero*” canta Zitarrosa. Eso, pensé, no cesó de hacer Panero en los manicomios que habitó. Reitero su verso: “*La locura hace nido en el poema.*” Leí entonces con atención el diálogo ficticio con el que Foucault termina su introducción a los *Diálogos* de Rousseau, obra intermedia de su trilogía, verdadero *work-in-progress* en el que este pone en juego su persecución.<sup>25</sup> Escribe Foucault:

- La estructura de una obra puede dejar aparecer el dibujo de una enfermedad.
- Es decisivo que la recíproca no sea verdadera. [...]
- Asociar obra y delirio es una extraña aleación de palabras, muy salvaje, muy frecuente (y elogiosa en nuestros días); una obra no puede tener su lugar (*son lieu*) en el delirio: sólo puede ser posible que el lenguaje, que del fondo de sí mismo la hace posible, además la abra al espacio empírico de la locura (como habría podido abrirla al erotismo o al misticismo).
- Entonces, una vez más...
- El lenguaje que prescribe a una obra su espacio, su estructura formal y su existencia misma como obra de lenguaje, puede conferir al lenguaje segundo, que reside en el interior de la obra, una analogía de estructura con el delirio. [...]
- Hay que distinguir: el lenguaje de la obra, ese más allá de ella, eso hacia lo cual ella se dirige, lo que ella dice; pero también, el más acá de ella misma, eso a partir de lo cual ella habla. A ese lenguaje no se le pueden aplicar las categorías de normal o de patológico, de locura y de delirio: pues es franqueamiento primero, pura transgresión.<sup>26</sup>

Sí, entonces sí importa preguntarse no por la patología de la obra sino por la verdad que en ella asoma y trasciende aquellas categorías, pues con su escritura rescata su experiencia de la locura y en un movimiento segundo hace obra con ella.

No doy por terminado aquí el trabajo sobre este asunto en los textos de Foucault. Poniendo por hoy un punto cito a Panero:

Oh mujer que al lago te acercas  
nunca podrás penetrar  
sólo el poema dibuja el cercado  
en donde el lago está.  
El poema es  
voz de la tiniebla,  
aullido del ser, lágrima del ser  
que con la nada se reúne, y se acuesta  
y folla y escupe en mi figura [...]

<sup>25</sup> Jean-Jacques Rousseau, *Confesiones, Rousseau juez de Jean-Jacques, Diálogos, y Ensoñaciones de un paseante solitario*, en *Obras completas en español*, estas fueron escritas en 1776. Son tres publicaciones póstumas: Editorial Gosselin, 1822.

<sup>26</sup> M. Foucault, *Dits et Ecrits*, texte n° 7, “Introduction” à *Rousseau juge de Jean-Jacques*”, Gallimard, Paris, 2001. Trad. RC.